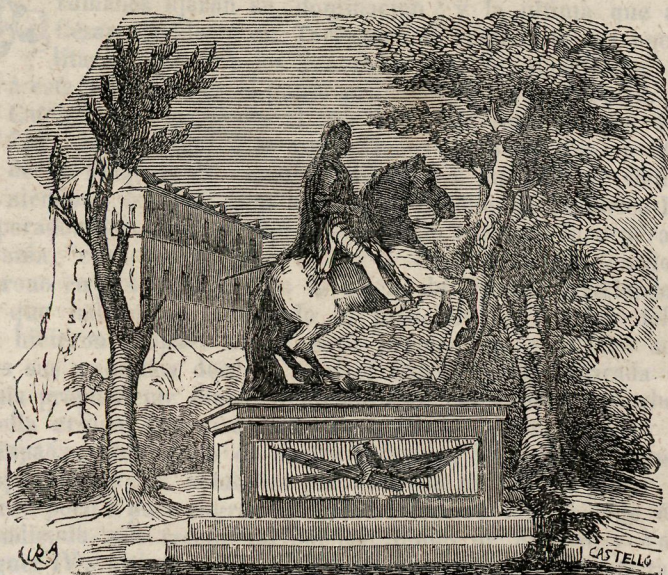


MEMORABLE VICTORIA DE LAS ERAS.

Tal fué el triunfo de Zaragoza sobre los vencedores de Austerlitz y de Jena el día 15 de junio de 1808. Los zaragozanos designan aquel porfiado combate con el nombre de *batalla de las Eras*, por haber sido el campo llamado del Sepulcro, inmediato á la puerta del Portillo, el sitio principal de aquel acontecimiento á la derecha de su línea. La historia cuenta este triunfo en el número de los mas gloriosos en los fastos de las naciones, y eso no obstante, era precursor solamente de hechos mas admirables todavia en aquella ciudad siempre heroica. Los franceses perdieron seis cañones y otras tantas banderas, siendo 500 sus muertos por la parte mas corta, y proporcional el número de heridos. Abrigados los defensores con los edificios y tapias, su pérdida fué mucho mas reducida. Señaláronse en tan memorable defensa los valientes y patriotas hermanos D. Mariano y D. Manuel Cerezo, el presbítero Don Santiago Sas, el teniente de húsares retirado D. Luciano de Tornos, el de dragones del rey D. Manuel Viana, el bravo labrador Zamoray, el coronel Don Antonio de Torres, un oficial sobrino del general Guillelmi encerrado con este en la Aljaferia, el ya mencionado coronel Renovales, y otros varios cuyos nombres seria prolijo citar. Demas que allí se distinguió todo el pueblo. Los que habian defendido un punto, tenian que correr con frecuencia á reforzar otro ú otros que se hallaban faltos de gente; y asi fué como en medio del peligro consiguieron multiplicarse aquellos bravos, acudiendo instintivamente donde su presencia era mas necesaria, y haciendo creer al enemigo que se las habia con duplicado número de combatientes. Muchos de ellos estaban rendidos de sueño y de fatiga, merced á la desastrosa jornada del dia anterior, y eso no impidió que se distinguiesen combatiendo sin cesar con las tropas francesas en las ocho mortales horas de aquella obstinada pelea. A los primeros tiros, faltaron en casi todos los puntos municiones y tacsos: tan desprevenida se hallaba la ciudad en aquellos momentos terribles. Los habitantes proveyeron la artilleria de la necesaria metralla, llevando al pié de los cañones los utensilios metálicos de sus casas, y los hierros y trapos viejos que en algunas personas constituian su industria y patrimonio. Hombres y mugeres hacian peda-

zos sus vestidos, ofreciéndolos para tacos cuando otra cosa no habia. Mientras unos conducian heridos y otros combatian tenaces, el resto patrullaba por las calles, golpeaba á las puertas de las casas para reclutar gente útil, ó ejercia su vigilancia en los puntos donde el enemigo podia intentar un golpe de sorpresa. Y todo se hacia sin gefe, sin mas guia por lo comun que la luz natural de aquellos hombres, convertidos de pronto en guerreros, que mandaban y obedecian, disponian y ejecutaban alternativamente, segun les decia el instinto ó los estrechaba el apuro. Por si los maridos cedian, preparábanse en muchas casas sus mugeres á rechazar desde ellas al invasor, previniendo ladrillos y piedras. Otras mas audaces corrian y alentaban á los combatientes. Otras atravesaban el fuego, distribuyendo provisiones y bebidas por las filas de nuestros valientes. Los muchachos hacian lo mismo. Cuadro mas sublime que aquel no se ha presenciado jamás.

Convencido Lefebvre de la imposibilidad de ocupar á Zaragoza mientras no aumentase su ejército, determinó esperar los refuerzos necesarios, acampando entretanto con su gente en las cercanias de la ciudad. Los zaragozanos por su parte dedicáronse sin descanso á aumentar los medios de resistencia, jurando perecer en la demanda antes que ceder á unas huestes que á nadie infundian ya miedo. Nosotros suspendemos aqui la narracion de aquella memorable defensa para terminarla despues. Lefebvre ha suspendido la continuacion de su empresa, y tambien se propone concluirla: él y nosotros veremos cómo nos asiste la suerte.



CAPITULO IX.

Breves observaciones sobre Cataluña, y principio de la campaña en esta provincia.—Salen de Barcelona los generales Schwartz y Chabran con direccion á Valencia y Zaragoza.—Combate del Bruch y retirada de Schwartz.—Defensa de Esparraguera.—Entrada de Schwartz en Barcelona.—Entrada de Chabran en Tarragona.—Combate y quema de Arbós.—Saqueo de Villafranca del Panadés.—Segundo ataque del Bruch.—Vuelta de Chabran á Barcelona.—Insurreccion general.—Espedicion contra Gerona.—Derrota de los somatenes en Mongat.—Saqueo de Mataró.—Defensa de Gerona.—Retirada de Dubesme.—Accion de Granollers.—Derrota de los catalanes en el Llobregat.



El ejército de Aragon en la proyectada resistencia contra los franceses, debía darse la mano con el de Cataluña. Esta provincia, una de las que mas se distinguen en nuestra España por sus diferencias locales y por el genio y caracter de sus hijos, fué la primera en que los romanos fijaron su dominacion, y la última que abandonaron. César estableció en Tarragona el centro de sus operaciones militares, y todos los generales que le sucedieron consideraron á esta ciudad como el punto principal de su residencia. Conquistada Cataluña por los godos el año 470, fué invadida por los árabes en 712, siendo estos á la vez lanzados de Barcelona en 801, despues de un bloqueo de cerca de dos años y un sitio de siete meses, poniéndose los catalanes bajo la proteccion de Ludovico Pio, hijo del emperador Carlo Magno. Barcelona quedó entonces incorporada á la Septimania, cuya capital vino á ser; y cuando el mencionado Luis subió al trono en 814, quedó bajo la tutela de Francia, rigiéndose por condes que habiéndola gobernado al principio en nombre del emperador francés, lo hicieron despues en el suyo propio con autoridad soberana. Independientes sus caudillos desde Carlos el Calvo, quedó separada Cataluña de la Septimania propiamente dicha, teniendo esta por capital á Narbona, y quedando aquella erijida definitivamente en condado aparte con el nombre de Marca de España, compuesto de cuatro diócesis, Barcelona, Gerona, Urgel y Ausona. Capitaneados los catalanes por Wifredo el Velloso y por sus descendientes, fueron poco á poco engrandeciendo su estado, lanzando de él á los árabes, y estendiendo sus conquistas por los limites de Aragon y Valencia. Ramon Berenguer IV, último conde de Barcelona, continuó la guerra contra los moros con actividad extraordinaria, tomádoles por asalto á Almeria y Tortosa en 1147. El casamiento de Berenguer con doña Petronila, hija de Ramiro el Monge y heredera del reino de Aragon, produjo la reunion de ambas coronas en las sienas de Alfonso II, llamado el Católico, el primero que introdujo en nuestros diplomas la fórmula *regnante me*, imitada despues por todos los reyes de España. Unidos desde entonces ambos paises bajo una sola cabeza, eleváronse juntos á la reputacion y á la gloria regidos por sus

grandes monarcas, siendo de notar las conquistas de Mallorca y de Córcega, la dominacion ejercida en Sicilia y en Nápoles, y las inauditas hazañas con que catalanes y aragoneses ilustraron su nombre en su célebre expedicion al Oriente. Los reyes de Francia, tenaces largo tiempo en ejercer su antiguo protectorado sobre Cataluña, habian abandonado sus pretensiones en 1258, en cuya época renunció Luis XI la soberanía directa ó feudal, trasfiriéndola á Jaime I, llamado el Conquistador, título que este grande monarca se supo ganar en treinta y tres batallas campales y en la adquisicion de tres reinos que quitó á los moros. Asi continuó Cataluña formando parte de la monarquía de Aragon, hasta que en 1516 pasó con ella y con las demas provincias de España á constituir un solo reino bajo el cetro de Carlos V, nieto de los reyes católicos Fernando II de Aragon é Isabel de Castilla.

Poco satisfechos los catalanes con su incorporacion al imperio en cuyos límites no se ponía el sol, separáronse de la España en 1640 para incorporarse á la Francia; pero por el tratado de los Pirineos volvieron nuevamente á quedar bajo la dominacion española. Cuando la guerra de sucesion en 1700, abrazó Cataluña la causa del archiduque Carlos con extraordinaria energia, proclamándole por su rey en 1704. Los primeros esfuerzos de Felipe V para reducir la plaza á la obediencia, fueron completamente inútiles, viéndose obligado en mayo de 1705 á levantar el sitio con que pretendia rendirla, y retirando de allí sus legiones, despues de treinta y siete dias de trinchera abierta. Los catalanes sostuvieron su causa con las armas por espacio de diez años, y ya estaba Felipe V posesionado del trono, merced á las victorias con que se lo aseguraron Vendome y Berwick, cuando aun no pensaban en rendirse. Puesto sitio á Barcelona por tercera vez en 29 de julio de 1713, resistiéronse los catalanes con una constancia inaudita hasta el 12 de setiembre de 1714, en cuyo dia no les quedó otro recurso que el de rendirse á discrecion. El vencedor irritado no les perdonó los desaires que le habian hecho sufrir. Abolidos sus privilegios y antiguos *usages*, los cuales constituian el primer código legal consuetudinario que fué conocido en Europa, el nieto de Luis XIV hizo sentir á los catalanes su cetro de hierro, ajando y humillando su amor propio de una manera la mas estudiada y que ellos no le han perdonado jamas. Pero Felipe al nivelarlo todo, no pudo destruir en Cataluña su fisonomia local, la mas pronunciada y la mas genial sin disputa de cuantas existen en España. El espíritu emprendedor que siempre ha distinguido á los habitantes del principado, ha continuado impulsándolos con el mismo vigor que en lo antiguo, cuando tanto sobresalian en la marina, en el comercio y en las artes, elevándolos á un grado de adelanto desconocido no solo entre nosotros sino en las mismas naciones extranjeras. El pueblo catalan es ahora el mas avanzado de España en todos sentidos; y si hemos de juzgar por las muestras que con tanta frecuencia acostumbra á dar de sí, es grande el porvenir que le espera. Las dimensiones de la cabeza catalana, dice un frenólogo, no son en general inferiores á las de la escocesa, la cual se considera, segun el testimonio de los que han tratado científicamente la materia, como el mejor tipo cefálico europeo. Esto, añade, corresponde con lo que sabemos históricamente del catalan: en todas épocas su fuerza de carácter, su energia mental, su impresion, se han hecho sentir.

Agiles, robustos, industriosos, los catalanes acostumbran sus cuerpos desde la niñez al trabajo y á la fatiga, siendo en ellos la ociosidad un vicio desconocido, la necesidad de accion una condicion de existencia, vivir de lo suyo una circunstancia que los envanece, atentar á lo ageno un crimen que la fuerza de la opinion anatematiza y persigue aun mas que la fuerza de las leyes. Sóbrios hasta un grado nada comun, saben pasar todo el dia con un pedazo de pan, convirtiendo las piedras en él, para servirnos de la espresion de Salas, puesto que siembran, cultivan y plantan hasta en las mismas rocas. En Cataluña no hay apenas un palmo de terreno donde deje de verse en ejer-

cicio la mano del hombre, ni poblacion que no se distinga mas ó menos por el afan con que se dedica á la agricultura, á la industria ó al tráfico. Barcelona, Gerona, Ampurias, Lérida, Tortosa, Balaguer, Sabadell, Solsona, Tarrasa, Vilafranca, Reus, Mataró, Manresa, Vich, Martorell, Olot, Igualada, Figueras..., donde quiera que se tienda la vista, todo manifiesta el impulso, la accion prodijiosa y continua que pone en movimiento al pais. Amantes de su independencia, han hecho sus naturales los mas grandes y heróicos sacrificios por conservarla; temibles cuando se irritan ó cuando la pasion los ofusca, tienen en continuo cuidado al gobierno central que los rige; briosos y valientes como pocos, se distinguen como tales en la guerra, y amedrentan y espantan en la insurreccion; adheridos á sus usos y costumbres, su traje los anuncia desde luego, su idioma es diferente del de Castilla, su toque de somatén los reúne y los arma sin mas convocatoria ni aviso, cuando quiera que el riesgo real, ó la necesidad de suponerlo demanda el esfuerzo comun. Ásperos y rudos en la apariencia, sus costumbres son dulces, sin embargo; fieros y aun crueles en ocasiones, son notablemente inclinados á ejercer la beneficencia; caprichosos mas de una vez, son honrados y probos siempre, amigos de cumplir su palabra, y terribles en exigir su cumplimiento cuando alguno pretende eludirlo. El carácter catalan, repetimos, es el mas pronunciado, el mas nuevo, el menos corrompido por ventura, y uno de los mas dignos de ser estudiados por los que gobiernan la España.

En el tiempo á que nuestra narracion se refiere, era Cataluña, mas bien que provincia española, un pequeño estado sometido al cetro de los reyes de Castilla. Diferente de esta por sus costumbres, por su lengua y su traje, y á despecho del espíritu nivelador, hasta por otra organizacion social, tenia mas puntos de contacto con el carácter aragones, aun cuando las diferencias eran todavia muy grandes. Poco afectos sus hijos á los castellanos, con cuyo nombre designaban á todos los habitantes de España, excepto los que en tiempos antiguos habian constituido la llamada *coronilla*, abrazaron sin embargo la causa de la independencia nacional en 1803 con un entusiasmo sin límites, teniendo como tenian en aquella época mayores motivos de odio respecto á la Francia, que de resentimiento relativamente al gobierno central de Madrid. Los catalanes acusaban á los franceses de haberlos arrastrado á la rebelion contra los reyes de España en el siglo XVII, para abandonarlos despues al resentimiento de un conquistador ultrajado. De este modo, y por un efecto necesario de su misma desgracia, el odio al nombre frances era en Cataluña mayor que en ninguna otra parte de España. El rey que habia humillado su orgullo y destruido sus privilegios, de Francia les habia venido, no siendo posible, hecha esta observacion, que el enojo catalan dejase de refluir en último resultado sobre el pais que al darles un Felipe habia ocasionado sus males. Los horrores de la revolucion francesa y la muerte de Luis XVI habian escitado en Cataluña la cólera de todos los habitantes, no solo por efecto del espíritu monárquico que allí como entre los demas españoles reinaba, sino tambien por ser obra aquellos acontecimientos de sus odiados vecinos. Asi fué que al estallar la guerra en 1793, distinguióse en el Rosellon y en Cataluña por un carácter de encono y de encarnizamiento que no tuvo lugar en las fronteras de Navarra y provincias vascongadas. La paz de Basilea no hizo á los catalanes mas amigos de los franceses que lo eran antes. El principado, como observa un escritor estrangero, tenia en su largo litoral, y en su capital populosa y comerciante, relaciones directas de interes con la Gran Bretaña, mientras la guerra contra Francia animaba por el contrario sus puertos y aumentaba extraordinariamente sus capitales. La alianza de San Ildefonso empobrecia á los catalanes, cerrando las salidas á su industria y cegando las fuentes de su prosperidad, debiendo por lo mismo serles odioso el sistema continental que el gobierno español, con arreglo á las órdenes de Bonaparte, se habia visto precisado á poner en planta. Todo, pues,

arrastraba á Cataluña á una insurreccion general contra los aborrecidos franceses, siendo esto tanto mas temible cuanto mayor era el descontento con que se habia visto allí la desleal ocupacion de nuestras fortalezas. Si Madrid hubiera recibido con entusiasmo al rey intruso, en vez de ser el primero en lanzar el grito de guerra, no hubiera sido imposible la explosion del encono catalan contra Castilla, siendo de creer que la Inglaterra apoderada de una parte del Mediterráneo, habria puesto en accion todos los medios posibles para sublevar el principado, y mantener en él un foco perenne de insurreccion contra el poderio francés. Pero la capital de la monarquia se habia adelantado la primera á lanzar el guante, y el 2 de mayo en Madrid era la primera campanada del somaten que tan fiero debia resonar en el nordeste de la Peninsula. Cataluña y Castilla confundieron sus animosidades particulares en el odio que les inspiraba la dominacion estrangera, y ya hemos visto en el capítulo VI el modo con que los catalanes comenzaron á alzar la frente en varios puntos aislados, organizando poco á poco la insurreccion hasta que les fuera posible tener un centro comun. La junta suprema de Lérida, titulada suprema de Cataluña, no pudo reunir el esfuerzo de todos los corregimientos hasta los postreros de junio; pero dedicada á verificarlo desde el primer dia de su instalacion, y puesta en comunicacion desde luego con las juntas de Zaragoza y Valencia, anunciaba á los franceses la necesidad imperiosa de ponerse en guardia, so pena de ver estendida rápidamente la insurreccion por todo el principado.

El general Duhesme no creyó en un principio que sus tropas corriesen allí grande riesgo. Posesionado de Barcelona y Figueras, y teniendo á su disposicion 45,000 hombres, creyóse por este mismo hecho dueño de Cataluña, y hasta el mismo Napoleon participó de esta creencia. En vez, pues, de distribuir las tropas por toda aquella provincia, haciéndolas ocupar los puntos donde el levantamiento podia ser mas temible, mandó el emperador desmembrar sus fuerzas al general en jefe del ejército de los Pirineos orientales, ordenándole enviar 4000 hombres sobre Zaragoza para añadirlos á los de Lefebvre, y otros tantos sobre Valencia, á fin de aumentar la division del general Monecy, á quien se habia dado orden de apoderarse de esta ciudad. El encargo de trasladarse á la capital de Aragon fué dado al general Schwartz, ordenándosele escalear de paso la insurreccion de Manresa, imponiendo á sus vecinos una contribucion de 750,000 francos, y destruyendo sus molinos de pólvora, despues de hacer trasportar á Barcelona la que estuviese fabricada. Hecho esto, debia Schwartz continuar su marcha pasando por Lérida, cuya poblacion debia igualmente castigar, llevándose consigo los suizos existentes allí si conseguia apoderarse de la plaza, en cuyo castillo debia dejar de guarnicion 500 hombres de su columna, sin detenerse mucho en sus tentativas, puesto que el objeto principal de su marcha era Zaragoza y no mas. En cuanto á la columna que debia marchar á Valencia, tenia orden de apoderarse de Tarragona y Tortosa, llevándose de grado ó por fuerza el regimiento suizo de Wimpfen al servicio de España existente en la primera ciudad, tras lo cual debia pasar á Castellon de la Plana, donde el mariscal Monecy le daria sus órdenes. Esta segunda expedicion fué puesta á cargo del general Chabran.

Ambas columnas salieron de Barcelona el 2 de junio. Detenido Schwartz por un fuerte aguacero, y esperando que se le reuniese el resto de su gente, pasó el dia 5 en Martorell, dando su demora lugar á que se esparciese por todas partes la noticia de su marcha. Alarmadas las villas de Igualada y Manresa al saber la aproximacion del enemigo, hicieron resonar súbitamente la terrible campana del somaten, cuyo toque puso en movimiento á los habitantes de aquellas comarcas con la celeridad de costumbre en casos idénticos. Es en efecto el somaten un toque de alarma que entre los catalanes produce los mismos efectos que el de la generala en la milicia, toque de uso inmemorial, cuyo origen segun se cree fué debido á la necesidad de defenderse los naturales contra los bandidos y fieras, habiendo pasado despues á constituirse en señal de convocatoria para toda clase de peligros,

produciendo en todos los habitantes capaces de tomar las armas la obligacion de reunirse con ellas si las tienen, ó con cualquiera instrumento ofensivo que hallen á mano cuando carecen de otra cosa. Puesto en juego en Manresa este grande elemento de revolucion, corrieron de todas partes los vecinos como prevenia el usage; y hallándose faltos de armas y municiones proveyeron á su necesidad lo mejor que les fué posible, convirtiendo en balas las barillas de yerro de las cortinas y echando mano de la abundante pólvora que tenian á su disposicion. Puesto al frente de aquella muchedumbre insurreccionada el hijo de un mercader de la villa llamado Francisco Riera, el mismo que pocos dias antes habia tenido la osadia de quemar las proclamas de los franceses, separó de ella como unos ciento de los mas acalorados y mejor provistos de armas, y despues de haberse confesado y comulgado, se dirigió al encuentro del enemigo. Dos ó trescientos hombres, precedidos de un capuchino, cuyas manos llevaban en alto un enorme crucifijo de madera, sa-



SOMATENES DE IGUALADA.

lieron tambien de Igualada y se unieron á aquel caudillo. Estendido el fuego de la insurreccion por los distritos de Calaf, San Pedor, Sellen, Cervera, Cardona y Solsona, señalóse por punto de reunion las casas del Bruch, al pié de la montaña de Monserrat, en la parte donde se juntan la carretera de Lérida y el camino de Manresa. Aquellos patriotas no entraron en cuentas sobre su número ni sobre la fuerza del enemigo; marcharon al punto designado contando con su intrepidez y nada mas.

Bien ageno Schwartz de sospechar ni aun remotamente los peligros que le esperaban, salió de Martorell la mañana de 6, haciendo caminar su gente por un pais quebrado, montuoso y cubierto de matorrales, con la misma desprevenccion que si anduviese por una llanura en un pais amigo. En esta disposicion llegó al Bruch, y no bien acababa de hacerlo, cuando una lluvia de balas salidas de entre los árboles y las rocas, le hizo conocer el peligro en que su misma confianza le ponía. Al principio no pudo descubrir un solo hombre de los que tan bruscamente acababan de hacerle fuego; pero vista la direccion de los tiros y cayendo al fin en la cuenta, hizo formar en masa su eolumna, y destacando los tiradores, se dirigió á embestir á sus contrarios. Los somatenes entonces comenzaron á replegarse, no sin disputar obstinadamente el terreno, y continuando un fuego mortífero. Dividiéndose por último en dos partidas, de las cuales se dirigió una á Manresa, mientras la